

## Gregorio, 2 de septiembre

Ya estoy aquí paloma, ha pasado tanto tiempo.....

Me pareció una broma. Ya lo sé, ya lo sé, no estaban las cosas para andar bromeando, pero era tan improbable que tardé en convencerme y hasta que no oí a Santos que balbuceaba con lágrimas en los ojos y voz temblona “tío, tío” no me di cuenta que en realidad era yo, que iba caminando entre tres hombres armados y que quizás nunca más te volviera a ver.

No me dieron tiempo a pedir ninguna explicación, cada pregunta mía se diluía entre sus risas y voces o se contestaba con un culatazo de fusil. Intenté decirles que la mula se había quedado suelta en la huerta y si llegaba la noche huiría despavorida, que había que recoger unos tomates que ya estaban maduros y si no se golpearían al caer de la mata y tendría que venderlos a mitad de precio, que había apalabrado con mi tía ir a desbrozar la parte baja de la huerta porque este invierno quería plantar ahí lechugas, que tenía varios aperos en el afilador y si no los recogía allí se iban a quedar....

Quise decirles todo, menos lo más importante, que tenía una mujer hermosa y una hija de 3 años que me esperaban para comer en casa, pero el miedo a mencionarlos siquiera, la posibilidad de que entraran en casa a por vosotras también, me hacía pensar en cosas banales, sin importancia, para darles a entender que en realidad lo único que yo era, era un hombre simple, casi tonto, preocupado por una torpe y vieja mula y unos tomates maduros.

Ya habíamos salido a la carretera y anduvimos unos dos kilómetros. La mañana había sido fría, pero el sol de mediodía calentaba aún con fuerza y les hacía sudar como demonios. Ellos iban provistos de zamarras y botas de campo, supuse que llevaban en la saca desde la madrugada y por

eso iban tan abrigados o quizás llevaran debajo de la ropa alguna otra arma que no quisieran que se viera.

Paramos a la altura del pinar, después de la caminata ya nadie hablaba ni bromeaba, me empujaron hacia la linde de un majuelo y quedé sentado como un monigote a la espera de no sabía qué.

Mientras uno de ellos me ataba las manos y los pies con una cuerda “no vaya a ser que el pájaro vuele” los otros dos sacaron del morral unos trozos de queso, pan duro y una botella de vino.

Mientras daban cuenta de ello bromeaban y cantaban canciones del frente. A veces se dirigían burlonamente a mí, pero yo, y me avergüenza decirlo, me recosté en un árbol y creo que me dormí. Tenía miedo y hambre, estaba cansado y el sol de la tarde hizo el resto. Supongo que era la única manera de protegerme, no podía con tanto dolor y rabia y el sueño me envolvió en una nebulosa de ficción y realidad que me hizo pasar las horas hasta que comenzó a oscurecer.

La bocina de un camión y las voces de mis carceleros me sacaron de esa ensoñación providencial. Conocía al conductor que ni siquiera se atrevió a levantar los ojos del volante, pero no al acompañante que gritó, “venga cabrones que ya llegamos tarde”

Me subieron en volandas a la parte de atrás del camión. Había otras tres personas, era fácil adivinar, dos inocentes y un verdugo. No hablamos, pero nos escrutamos con tanta intensidad entre la escasa luz del atardecer que estoy seguro que fuimos capaces de reconstruir la historia del otro con poco esfuerzo.

Uno de ellos venía del penal de Burgos, su ropa y el nº que lucía en la parte izquierda de su camisa le delataban. Debía de tener el brazo lastimado o algo así porque a cada bote de la camioneta hacía una mueca de dolor y se sujetaba el brazo con fuerza. Al otro lo conocía de vista, lo llamábamos el cheposillo, un pobre inocente jorobado que hacía recados a

cambio de un chato de vino o se ajustaba por días en cualquier obra o finca con la única pretensión de sobrevivir para el día siguiente.

Dios, que penosa carga enviaban a la muerte, vaya grupo de subversión, menudos rojos de mierda.

Si no hubiera sido por el miedo, un miedo denso, negro, el miedo desesperado de la injusticia, me hubiera echado a reír.

No habrían transcurrido más de 20 minutos cuando ya noche cerrada, el camión paró otra vez. Calculé que teníamos que estar a la altura de Villanueva. Nuevos saludos, nuevas risas, nuevas víctimas.

Subieron a la parte de atrás del camión dos parejas, una de ellas con un bebé en los brazos. La mujer lloraba quedamente, el bebé parecía dormir. No decían nada. Supuse que como yo, llevaban tiempo esperando en la carretera y ya habían consumido todas las súplicas posibles, todos los porqués y sólo quedaba incertidumbre y cansancio.

Yo no pensaba que iba a morir, al menos hasta entonces, pero cuando vi a las dos mujeres se me hizo un nudo en el estómago y pensé en ti. No fue hasta la tercera y última parada cuando supe que ya no volvería a casa, así lo pensé, “no volvería a casa”.

Cuando el camión paró la tercera vez nos hicieron saltar abajo, atados como estábamos algunos, caímos de bruces contra el suelo y percibí que el rocío ya estaba llegando, la hierba estaba húmeda y la tierra blanda, muy blanda. Al levantar la cabeza hacia la izquierda comprobé que habíamos caído sobre un montón de tierra, la misma que serviría para rellenar nuevamente la fosa.

Cinco verdugos, borrachos como cubas, se apoyaban indistintamente sobre la pala o el fusil. Durante unos instantes, no recuerdo más sonido que el llanto del bebé que empezó en ese momento ,para el resto, el silencio lo invadía todo. Contemplaba la fosa de manera incrédula, como si formara parte de otro escenario, no podía ser, por nada no, sin causa no.

La voz del que suponía el jefe me sacó de la ensoñación, "venga coño, no tenemos toda la noche, y sacad a esa niña de ahí, joder, menudo escándalo" me di cuenta de que las mujeres gritaban desesperadas, los hombres insultaban a los verdugos y estos juraban o reían según les hubiera sentado el vino y todos los ruidos de la noche quedaron concentrados en tan pequeño espacio que creí que iba a enloquecer.

Deseé con todas mis fuerzas que aquello acabara y me coloqué frente a los asesinos, entre ellos, descubrí al frente la silueta plateada de la peña y pensé que aquel sería el único testigo mudo de lo que esa noche aconteciera.

Ya no sentía odio, ni miedo, ni rabia, aquellos peles seguro que verían nuestros rostros todas las noches de su vida, sólo tenía dolor, un dolor agudo en el pecho cuando pensaba en ti y en nuestra hija, supuse que sería el alma.

Alguien se acercó a mi oído y susurró "abajo duele menos", quise volver la cabeza con intención de bajar a la fosa y en ese momento sentí un frío intenso a la altura del costado y noté como caía nuevamente a la tierra húmeda, la misma tierra de la que vivíamos, la tierra que me guardaría durante tanto tiempo como una madre celosa incapaz de desvelar el crimen de su hijo.

Aún oí algunos disparos y el golpe de otros cuerpos al caer a la fosa. Me confortó seguir oyendo el llanto de la niña y sonreí pensando en nuestra hija.

# Juana

Por fin amor, han sido 70 años. 70 años de espera, ni siquiera robados porque ya no existe el ladrón, impunes, crueles, eternos, injustos y heredados, eso fue lo peor, el dolor pasó de padres a hijos como una herencia obligada que nadie podía rechazar. Por eso digo “por fin”.

Para mí, esto acaba hoy, precisamente el día en que nuestra hija, aquella que recibió esta herencia de dolor obligatoria, te trae a mí, sin ritos, sin llantos, sin rencor.....

2 septiembre. Nosotras fuimos las verdaderas víctimas, nosotras y nuestros hijos que nos vimos obligadas a esperar toda la vida. Viendo como nuestros enemigos llegaban a alcaldes o concejales, paseaban al lado de la puerta de casa, tenían reservados los primeros bancos de la iglesia y seguían controlando los silencios. Sin odio, había tanto miedo que no osábamos odiar por temor a que nuestra mirada nos delatara y perder lo poco que teníamos o sea, nuestra vida.

Yo esperé, te esperé durante tres días haciendo caso omiso de los rumores y los comentarios, esperé por tu hija y por mi familia, también esperé por ti, si vivías no quería causarte ningún trastorno.

Al tercer día cogí tu bicicleta y volé. Dejé a la niña al cuidado de mi prima que ni siquiera se atrevió a preguntarme dónde iba. Nada dijimos, sólo nos abrazamos y nos miramos intensamente a los ojos, unos ojos húmedos, sin esperanza, huecos.

Mientras pedaleaba, sólo pensaba en tu nombre, ni siquiera en ti, era en tu nombre y en todas las veces que lo había pronunciado a lo largo de nuestra vida en común. Cuando de novios me obligaste a correr detrás de ti llamándote después de una verbena en la que apenas te había dedicado dos bailes.

Cuando ante el altar pronuncié tu nombre con una esperanza loca, tragándolo sílaba a sílaba, hambrienta de futuro. Cuando nació nuestra hija y vi asomar tu rostro sudoroso de faena por la puerta de la habitación: Gregorio, Gregorio , Gregorio....

Las sienas me estallaban a cada sílaba y a cada pedalada, no sabía dónde iba ni lo que quería, el sudor se deslizaba entre mis pechos y por primera vez lloré. No me di cuenta hasta que no pude ver la carretera y ya para entonces estaba camino de Villanueva.

El viento y la rabia me empujaban y no podía razonar, quizás debía de haber pensado en nuestra hija, pero no podía pensar, por eso hasta que no los vi en medio del camino no fui consciente del error que había cometido. Quise volver atrás, pero ya era tarde y en menos de un minuto uno de ellos agarró la parte derecha de mi manillar y me hizo parar en seco. Pensé que iba a caer, pero conseguí mantener el equilibrio. Iban armados y eran cinco. El pánico se apoderó de mí de tal modo que sólo conseguí oír “no jodais, ya está bien, de esta respondo yo, venga hostia, márchate ya”.

Aún no sé cómo di la vuelta a la bici y tomé la dirección del pueblo, las sienas me estallaban pero ya no repetía mentalmente tu nombre, sino que mis pedaladas se acomodaron a una nueva letanía: está muerto, está muerto, está muerto.

No pasó mucho tiempo antes de que pudiera volver a verlos, no recuerdo exactamente si eran ellos pero sí sé que si no lo eran, eran como ellos.

Ni siquiera sentí vergüenza. Era una mañana gris y los cristales comenzaban a envaharse como indicio de que el invierno no tardaría en llegar.

Cuando vinieron a llamarme ya tenía el moño recogido y la cocina limpia. Me miré al espejo por última vez intentando buscar a la joven alegre y enamorada de no hacía tanto tiempo y no me vi más que a mí

misma. Eso era lo que era, yo misma, con la furia de un animal salvaje para defender lo mío y mansa como un gato ante el protocolo inevitable y bochornoso que se avecinaba.

Las primas ya se habían llevado a la niña. Ahora eso era lo único que me importaba y esperé sentada como una novicia antes de oír las voces en la puerta que habían de anunciar que empezaba el macabro ritual..

La puerta sólo estaba entornada, basta ya de golpes, no quería oírles sonar en mi puerta, ya habían soñado en mi cabeza todas las noches, como tañidos de campanas anunciando muerte, como toque de arrebato..... cuando vinieran no habría golpes, no les daría ese gusto. El ruido violento les envalentonaba y no hacía más que complicar las cosas.

Los oí llegar. Sus carcajadas y el ruido de sus botas me hicieron respingar sumida como estaba en mis pensamientos.

La fuerza del puño del primero, al no encontrar resistencia al golpear la puerta ,le hizo entrar dando un traspiés hasta la cocina y a punto estuvo de caer de bruces contra las baldosas. Esbocé una leve sonrisa, la ocasión lo requería, ya habría tiempo para llorar.

Comenzaron toda una retahíla de insultos y empujones que yo ni siquiera sentí. Uno de ellos, el más joven, aporreaba con un palo toda la loza que encontraba a su paso mientras se deslizaba sobre dos piezas de tocino que encontró en la alacena.

No me resistí, eso les hubiera gustado, por eso me agarraban violentamente uno de cada brazo y a medida que avanzábamos por la calle, me zarandeaban simulando una resistencia por mi parte que pudiera hacerles lucir sus fuerzas.

Apenas si había gente por la calle, ni siquiera los chiquillos que se dirigían al colegio osaban volver la cabeza, si no fuera por sus voces , diría que éramos invisibles.

A medida que íbamos avanzando hacia la plaza, dos víctimas más se unieron a la comitiva fantoche que ahora formábamos 6 verdugos y tres víctimas.

Ya no pude más, quería ser fuerte y no manifestar mi pena, pero cuando vi la cara de las otras dos mujeres, desencajadas, llorando, suplicando, renegando de sus familiares . . . no pude más y me derrumbé.

Cuando entramos en la plaza, las lágrimas que habían brotado de mis ojos se había mantenido estancadas en ellos como una cortina de agua con lo que no me permitían ver lo que estaba sucediendo y me dejaba llevar por los brazos de mis dos verdugos.

Noté que alguien me abría la boca con violencia y me golpeaba con el gollete de una botella en los dientes con algún comentario obsceno. Un liquido viscoso comenzó a correr por mi garganta y a mezclarse con el sabor salado del miedo, luego me quitaron el pañuelo de la cabeza y sentí las dentelladas de la cuchilla mientras el pelo caía por mi cara. Oí el aliento fétido del improvisado barbero y supuse que había estado bebiendo .

Aún no había derramado ninguna lágrima y eso me permitía no ver, en cuanto a las voces, en mi cabeza sólo retumbaba tu nombre, tu nombre, tu nombre.

Las manos opresoras de mis esbirros desaparecieron y me encontré hombro con hombro con otros vestidos negros que con la inercia de una noria girábamos entorno de unas voces a las que ni pude ni quise poner rostro. Y justo cuando empezó la lluvia, comencé a sentir la calidez de mi miedo y mi vergüenza entre las piernas y lloré . . .

Ni siquiera cambié el paso, ninguna lo hicimos y mientras los pocos espectadores corrían hacia los soportales a guarecerse de la lluvia, nosotras continuamos a nuestro paso, como en una parada, ceremoniosamente. La

lluvia se deslizaba entre nuestras piernas y cada vuelta nos hacía aparecer intactas y limpias ante aquella burla de justicieros.

Hubo un momento, no recuerdo exactamente cuando que alguien paró aquella noria de dolor y entonces nos dimos cuenta de que estábamos solas, totalmente solas en la plaza y como un engranaje que se desbarata, sin mirarnos ni decirnos nada, tomamos cada una el camino de nuestra casa.

Todo me parecía un mal sueño y mientras caminaba bajo la torrencial lluvia, buscaba alguien o algo que me pudiera hacer pensar que estaba despierta o viva observaba el saludo anónimo de algunos visillos en su vaivén mudo de derecha a izquierda, casi se olía el miedo, pero no era el mío.

Cuando llegué a casa, la puerta estaba entornada y la cocina encendida.. Alguien había puesto sobre la chapa un puchero con agua a calentar y en un cazo vi como bailaban al son del agua hirviendo unos titos con tocino. Me desnudé, tiré la ropa al fuego de la cocina y grité tu nombre. Luego, sólo llanto, el llanto silencioso del inocente, de la resignación, del desconsuelo y un propósito: si quería seguir viviendo, aquello no había pasado. Olvidaría, olvidarían, y sólo así quizás pudiera seguir adelante, por ti, por nuestra hija.

# Ángelines

Te han encontrado. Estoy hecha un manojo de nervios. Sabía que tarde o temprano aparecerías, era sólo cuestión de tiempo desde que empezaron a excavar. Me había estado preparando para esto desde hace tiempo y sin embargo es como si me encontrara contigo por primera vez. Y casi es la primera vez.

Mamá peleó siempre por mantener tu recuerdo vivo en mí, porque supiera que me querías y que eras el mejor padre del mundo, pero era difícil porque en cuanto tuve uso de razón yo no quería tener un padre al que “mataron en la guerra” yo quería tener un padre como otras compañeras “que murió en la guerra”.

Este era el oficial, el redimido, el héroe... Así que poco a poco la evocación de tu recuerdo se fue plagando de vacíos que mi mente infantil rellenaba con mi propia historia, sólo mía y ya me cuidaba yo mucho de contar mis fantasías.

La vida no fue fácil. Vi a madre muchas veces llorar y escupir al suelo con la mirada dura como una piedra cuando su paso se cruzaba con el de alguno de ellos.

La vi trabajar en sus casas y cenar por la noche con un nudo en la garganta el pan que se había ganado por el día.

La vi tragarse el silencio, el orgullo y mucho tiempo después, la amargura de un cáncer que acabó silenciosamente con su vida.

Y yo olvidé, o al menos eso creí.

La llegada de todos estos acontecimientos han hecho renacer en mí viejos fantasmas, mi instinto me ha hecho buscarlos, pero ni los he encontrado, ni existen ya para mí. Por eso he intentado concentrar todos mis recuerdos en vosotros dos y hoy, cuando por fin te he visto no he visto un montón de huesos. Te he reconocido en todos ellos, en los ocho tal y

como madre me contó, tal y como eras. He visto al hombre, al padre, al marido, al obrero, al amigo, que llegaste a ser mucho después y una pena infinita me ha invadido todo el pecho y te he querido más que nunca, sin oscuros, sin disimulos, sin agobios y me sentí orgullosa y digna hija tuya.

Ya no puedo pensar en lo que hubiera sido si... sólo pienso que estás ahí, que has salido del olvido y que yo, al fin te he recuperado.

Descansa ya.